

BERSTEIN, SERGE, ed.: *Les cultures politiques en France*. París, Seuil, 1999, 408 págs.

La utilización de una herramienta conceptual distinta permite a veces tratar con originalidad temas sobre los que se ha escrito mucho. Es lo que ocurre con este libro, coordinado por Serge Berstein, profesor de Historia Contemporánea del Instituto de Estudios Políticos de París, en el que nueve destacados especialistas emplean el concepto de cultura política para analizar las principales corrientes que han protagonizado la política francesa durante los dos últimos siglos. El postulado en que se basan lo expone Berstein de manera muy clara: más allá de las realidades objetivas, que no se trata de subestimar, en la acción política juegan un papel esencial las representaciones. Un individuo actúa políticamente en función de la imagen que se forja de los acontecimientos y esa imagen depende de su cultura, en el sentido antropológico del término. Si se desea una definición de cultura no está de más recordar la que ofreció hace años Edgar Morin y que recoge uno de los colaboradores de este libro: la cultura es «un cuerpo complejo de normas, símbolos, mitos e imágenes que penetran en la intimidad del individuo, estructuran sus instintos y orientan sus emociones» (*L'Esprit du temps*, 1962). Son esas normas, símbolos, mitos e imágenes lo que Berstein denomina representaciones, utilizando un término comúnmente usado en los estudios antropológicos.

A partir de tales premisas, el historiador puede utilizar el concepto de cultura política con tres propósitos distintos: para examinar las diferencias entre la cultura política de una nación y la de otras, para examinar como se modifica con el paso del tiempo esa cultura política nacional, o para examinar cuales son las diversas culturas políticas que coexisten en una sola nación. Como lo indica el plural de su título, este último enfoque ha sido el adoptado por Berstein, de manera que nueve de los ensayos del libro examinan otras tantas culturas políticas, cuya interrelación explica buena parte de la historia contemporánea de Francia, un país que desde fines del siglo XVIII se ha caracterizado por una gran diversidad ideológica. Este enfoque presenta una considerable dificultad taxonómica, porque las fronteras entre las diversas culturas políticas no son nítidas ni estables. De ahí que las nueve identificadas en este libro presenten un diferente nivel de coherencia interna, desde la prototípica cohesión de la cultura comunista (que sin embargo, como muestra Marc Lazar en su ensayo, no presenta la fortaleza ni la inmutabilidad que a veces se le atribuye) hasta los

rasgos más nebulosos de la cultura liberal, en el sentido restringido que le da en su ensayo Nicolas Roussellier, quien empieza por reconocer que se corresponde mal con la idea que habitualmente se tiene de una cultura política como instrumento de movilización e integración.

En conjunto los ensayos que analizan las culturas tradicionalista, liberal, republicana, gaullista, socialista, comunista, libertaria, democristiana y nacionalista, no sólo proporcionan un interesante panorama de la historia política francesa, sino que ofrecen un buen número de pistas sugerentes para el estudio de otros países, incluida España, varias de cuyas culturas políticas presentan un estrecho parentesco con sus homólogaas francesas. Es el caso, por ejemplo, de la cultura republicana y de la socialista, analizadas en dos excelentes ensayos, escritos respectivamente por el propio Berstein y por Michel Winock.

Berstein explica como en los primeros tiempos de la III República diferentes tradiciones surgidas de la Revolución Francesa, cuyo conflictivo legado incluía tanto la afirmación de la libertad individual como el principio de que una minoría tenía derecho a imponerse para garantizar la salud pública, confluyeron en una cultura republicana unitaria. Una cultura que en el plano filosófico era heredera de la Ilustración, se identificaba con el positivismo, se concebía como antagónica de la religión revelada y postulaba una moral universal sin referencia trascendente. Que en el plano institucional se guiaba por el propósito de defender los derechos individuales frente a los abusos de poder, de lo que se derivaba la preponderancia del parlamento frente al poder ejecutivo. Que en el plano social combinaba el respeto hacia la propiedad y la iniciativa individual con el principio de una intervención correctora del Estado para proteger a los débiles frente a los poderosos. Y que en el plano nacional se caracterizaba por un profundo patriotismo que sin embargo evitaba los excesos exclusivistas y agresivos del nacionalismo (en Francia el término nacionalista denota una cultura extremista, que describe en un interesante ensayo Pierre Milza). Esa cultura republicana sufrió una fuerte crítica intelectual desde fines del siglo XIX y entró en crisis después de la I Guerra Mundial para quedar desacreditada con la derrota de 1940. Pero lo más notable es que, como destaca Berstein, ha renacido a fines del siglo XX para convertirse en un terreno de consenso entre la derecha y la izquierda, en torno a la defensa del papel del Estado, de los derechos del hombre, de los valores solidarios y de la corrección de los mecanismos de mercado por la intervención pública.

Winock, por su parte, expone la historia del socialismo francés como el cambiante resultado de la interrelación de tres parejas de tendencias contradictorias: revolución frente a adhesión a las instituciones republicanas,

patriotismo frente a internacionalismo y anticomunismo frente a unión de la izquierda. La cultura socialista ha presentado un carácter esquizoide por el contraste entre los principios teóricos y la práctica política y se ha caracterizado por la fidelidad no tanto a una doctrina como a una historia, una historia en la que sobresalen las grandes figuras de Jaurès y de Blum. Por supuesto ha sido el principio de realidad el que finalmente se ha impuesto, pero, como destaca Winock, no se debe minusvalorar la importancia del elemento utópico, que ha servido a los socialistas de guía ética y de referencia identitaria, aspecto este último esencial para una cultura política.

Por último merece una mención especial el ensayo de Étienne Schweisgut, que no analiza una cultura concreta, sino que se plantea la dinámica del conjunto de las culturas políticas francesas en las últimas décadas del siglo xx, y lo hace además teniendo en cuenta no sólo el discurso político de los partidos y los líderes de opinión, sino también los valores de los electores tal como los detectan las encuestas (algo que obviamente es imposible para periodos anteriores). La fecha clave es por supuesto 1981, cuando el triunfo de Mitterrand puso fin a dos décadas en que la izquierda había permanecido fuera del poder, lo que favoreció un discurso maniqueo de enfrentamiento entre derecha e izquierda. A partir de entonces las principales tendencias que observa Schweisgut en la cultura política francesa son el auge del humanismo igualitario, que se sitúa preferentemente a la izquierda pero que básicamente se ha convertido en patrimonio común de los sectores más cultos, en los que el racismo, por ejemplo, resulta inaceptable; el declive del anticapitalismo; y el debilitamiento de las identidades políticas.

Mientras que la correlación entre posición social y sentido del voto se reduce a mínimos históricos, la elevación del nivel de vida y de instrucción favorece actitudes relativistas y tolerantes, nada maniqueas, que conducen a un consenso desmovilizador. Un consenso rechazado por un voto de protesta que convierte a la inmigración y a Europa en chivos expiatorios, lo que explica el éxito que ha tenido el Frente Nacional, cuyo progresivo debilitamiento prevé Schweisgut. Los jóvenes, especialmente, muestran una menor identificación política y el tradicional eje izquierda-derecha resulta menos pertinente en la medida que las actitudes ante temas cruciales no se solapan. Hay por ejemplo muy poca correlación estadística entre las actitudes ante dos de los temas que más influyen en el voto, las privatizaciones y la inmigración, pues hay electores de un nivel social más elevado que son liberales en economía y solidarios frente a los inmigrantes, mientras que un sector del electorado popular rechaza tanto las privatizaciones como la inmigración. Pero todo esto no significa que vaya a desaparecer la diferencia entre izquierda y derecha. Dentro del terreno común de un sis-

tema de valores centrado en el individuo, cuyo auge responde a una tendencia secular en las culturas europeas, Schweisgut percibe un eje de diferenciación que discurre desde el individualismo meritocrático de la derecha hasta el individualismo igualitario de la izquierda, y en el que se sitúan actitudes contrapuestas ante muy distintas cuestiones, desde la desigualdad de ingresos hasta el problema de la delincuencia.

JUAN AVILÉS FARRÉ